

la aristocracia; y como una noche Othon hubiese convidado á sus festines á la gente mas principal de Roma, y al mismo tiempo oyeran ruido de armas; pueblo y ejército temen por la salud de su ídolo, se levantan, corren á palacio, se reúnen á sus puertas, piden á grandes gritos la vida de los patricios por traidores al César, y penetran desahorados en el mismo Triclinio donde se hallaba Othon, que pudo salvar á sus convidados con grave peligro, y que en aquel instante debió convencerse de que no era posible paz entre el Senado y el pueblo, ni entre la aristocracia y el Imperio.

Pero las legiones extranjeras no podian sufrir que las legiones de la ciudad tuvieran un César. El pretorianismo con toda su barbarie debía subir al trono del mundo. Las legiones de Vitelio que estaban en el Norte compuestas de germanos, de bárbaros y romanos confundidos, lanzan un grito de guerra, y como poseidos de furor, coronan la cima de los Alpes, lanzando gritos horribles, agitando teas en sus manos. Othon se dirige á su encuentro, porque teme que aquel fuego derrita la corona á tanta costa ganada, y queme su frente. Los ejércitos othonianos se dirigen á buscar al enemigo, mas parecen gente extraña segun caminan, pues donde ponen la planta lo asolan todo y lo aniquilan. Los generales de Vitelio caen sobre Placencia y se retiran. Esto alienta á los othonianos, y por fin los dos ejércitos luchan en las orillas del Pó. Othon aguarda su sentencia en un pueblo vecino, su sentencia es de muerte; la fortuna le vuelve las espaldas.

El epicureismo es tan fácil como el estoicismo para la muerte. Parece imposible que una escuela tan prostituida y mundana infundiera ese gran valor, despreciando la muerte. Su creencia de la nada de la vida obligaba á los epicúreos á mirar como cosa liviana el último trance. Una escuela, que sujeta al hombre á las sensaciones, que le hace esclavo de la materia, átomo perdido en la creacion, pavesa perdida de los astros, sombra que pasa fria y solitaria entre las eternas tinieblas; al ver una vida que se evapora en lo vacío, y se pierde para siempre, debía mirarla como el viajero mira la ráfaga de polvo, que si un instante azota su rostro y ciega sus ojos, se pierde y se disipa en los varios giros del viento. Así habia llegado la escuela epicúrea á sentir hasta voluptuosidad en la muerte, como el que apura en un festin el último sorbo del hirviente aromático vino, como el que aspira la última esencia de una hermosa flor. Othon, fiel imagen y fiel representante de esa escuela, dispuesto á la muerte como á un sueño

feliz, viendo en el sepulcro el único refugio del desgraciado, el postrer asilo del vencido; así que conoce que no le resta salvacion ni esperanza, que las huestes vitelianas le buscan y amenazan; aunque ve fidelidad incomprendible á sus soldados, que le ofrecen la vida, amor en sus esclavos, que lloran en sus plantas para decidirle á la lucha y á la victoria; aunque sabe que ejércitos amigos corren prontos á su auxilio, y regiones lejanas le prestan acatamiento, y el Senado le ofrece su autoridad y su soberanía; por no prolongar un instante mas el combate de la vida, cuando la muerte le ofrece en el no sér un descanso eterno, y un sueño nunca por el afán interrumpido; rompe todos los lazos, reparte sus tesoros entre sus amigos, afila sus puñales, los oculta debajo de la almohada, duerme tranquilamente como si ningún pensamiento le atenaceara el corazón, despierta al despuntar la aurora, mira con tranquilidad su puñal, lo hunde en su garganta; y lanzando un débil suspiro, muere, no como hombre afeminadísimo, blando en sus costumbres, ligero en sus acciones, perfumado, vestido siempre de femenil estola; muere la muerte serena y fria de los antiguos héroes.

En la conciencia de la sociedad estaba el epicureismo, en su gobierno los pretorianos. El epicureismo en que se sumia Roma, debía llegar á sus últimas consecuencias. En la historia los hechos llevan en sí mismos sus conclusiones como en la ciencia llevan en sí las ideas su ley lógica. A un epicureismo refinado, artístico, debía seguir un epicureismo brutal y feroz; al gobierno de los civilizados pretorianos de Roma, el gobierno de los bárbaros soldados de las provincias; á Othon, Vitelio. Era este Vitelio hijo de un hombre apreciado en el palacio de los Césares por su liviandad y por su vileza; vencedor de Artabano no por valor, sino por insidias; cónsul dos veces, censor, encargado del gobierno del mundo en ausencia de Claudio; desinteresado, activo, pero prostituido á sus pasiones; siervo de una esclava, que le hacia hasta tragar su saliva; y tan dado al bajo vicio de la adulacion y de la lisonja que fué el primero en levantar altares y sacrificios al emperador Claudio, á cuyos piés se arrastraba con el rostro encubierto á usanza asiática; el cortesano mas adulator de Mesalina, hasta el punto de llevar colgada siempre entre la toga y la túnica una sandalia suya, como si fuera algun amuleto ó alguna reliquia; el mas devoto á los libertos del emperador, pues tenia los bustos de oro de Narciso y Palas entre sus dioses domésticos; el que en aquella general prostitucion del mundo encontró una frase, para pintar en donde raya el

límite de la lisonja, frase que ha conservado la historia, pues presidiendo Claudio los juegos seculares en el mármoleo atrio del templo de Apolo Capitolino, rodeado de aquellas estatuas, que eran la maravilla de Roma, sacrificando los blancos toros en el altar de bronce al compás de los cánticos, que acompañados por los acordes misteriosos de las liras entonaban las voces de los mancebos y de las vírgenes romanas, miéntras el pueblo en larga procesion dejaba al pié del ara las ofrendas con religioso respeto; presidiendo Claudio, decia, estos juegos que se celebraban una vez cada siglo, y que por lo mismo ningun nacido habia visto, y ninguno los volveria á ver, este adulator le saludó diciendo: "que lo celebren muchas veces" frase que muestra hasta qué punto se embriaga y dementa el que se arrastra al pié de los tiranos.

Esta familia de Vitelio era pues, la personificacion del desenfreno de la escuela epicúrea. El sensualismo llegó á su último extremo, rayó en lo imposible. La naturaleza humana es tan rica en el mal como en el bien; y así como llega por el amor y el martirio á transformarse en divina, llega por el odio y el crimen hasta confundirse con las fieras. Vitelio habia sido criado en la isla Caprea al lado de Tiberio, respirando los vapores de sangre y de vino allí mezclados en horribles orgías; y habia crecido en los juegos del circo de Calígula, en los palacios de Claudio, en las fiestas de Neron, embebido en sus máximas, viciado por sus ejemplos, cómplice de sus crímenes. Desde niño se habia mostrado ganoso de dinero, mas no para guardarlo, sino para satisfacer su glotonería. Ejerciendo en Roma un alto destino, apoderóse de las alhajas de los templos, sustituyendo el oro por cobre, la plata por estaño. Su corazon no setian ninguna pasion, ningun afecto humano; pues martirizó á su mujer, y mató á su hijo, y aun á su madre, á una madre que le amaba, que vendia las alhajas de la familia para pagar sus deudas y libertarle de la infamia. La disipacion era su único deseo, la glotonería su único hábito. Recibió de Galba el gobierno de la baja Germania, y se alegró mucho, porque así tenia con las rentas de una provincia para comer bastante. Habia llegado á tal punto en deudas que, á la hora de partirse á gobernar una gran nacion, á regir ejércitos, á disciplinar heróicas razas, dejó á su familia en un zaquizamí desaseado y oscuro, por no poder pagar una casa. Ganábase el corazon de los soldados, abrazándoles, besándolos, comiendo con ellos en las cantinas, jurando, bebiendo, y hasta eructando fuertemente para provocar la risa. Esta franqueza

bárbara le ganó los corazones de sus gentes, que pensaron en tener tambien un César como los ejércitos de España habian tenido su Galba y los de Roma su Othon. Al fin, el César de las legiones hispanas, si era un viejo, era un viejo severo, y el César de los pretorianos, si era un pródigo, era un pródigo inteligente; pero el César de los germanos era un bárbaro sin entrañas, sin ideas, sin ninguna cualidad que no fuese perversa y odiosa.

Una mañana sus bárbaros soldados, pagados de aquella su grandeza, fueron á su tienda, le sacaron del lecho, y tal como estaba, sin dejarle tiempo ni aun para vestirse, le proclamaron emperador. El vicio romano, que hasta entónces se habia mostrado entre púrpura y flores, y juegos, se muestra desde Vitelio en toda su deforme y asquerosa desnudez, llegando á sus últimas naturales consecuencias. Desde este punto creció la ambicion de Vitelio, porque pensó que las rentas del imperio podían ser parte á darle mejor y mas abundante mesa. Dirigióse á Roma en larga procesion, en carro de triunfo, vestido lujosamente, atravesando las montañas en hombros de sus soldados, los rios en barcas de flores ocupadas por altares, entre nubes de aromas. El instinto clásico, que era el amor del arte y de la hermosura, no se desmentia, ni aun en este bárbaro. Así llegó al campo de Betriaco, donde habia sido la rota de Othon. El campo estaba desolado, sus arroyos aun tintos en sangre, sus árboles quemados, su suelo lleno de cadáveres, su atmósfera cargada de miasmas, y Vitelio al verse allí, abria su boca y sus narices para recoger el olor de la putrefaccion y exclamaba: ¡qué bien huelen los cadáveres de los enemigos! Recogió el puñal con que Othon se habia atravesado la garganta, y le envió al templo de Marte, y á media noche, á la luz de las antorchas, rodeado de bosques y selvas, entre los aullidos de las fieras y los gritos de las aves nocturnas, hizo un sacrificio á los dioses infernales, teniendo por templo la inmensidad de la naturaleza, y por altar las nieves eternas, que se levantan en la cima del Apenino. Entró en Roma, por fin, vestido lujosamente, montado en un caballo, seguido de sus cohortes, que formaban un numeroso ejército, y Roma se asustó al ver en su recinto tantas y tan estrañas gentes. Festejó su ascension al imperio con grandes comidas, y en una de ellas reunió diez mil pescados, diez y siete mil pájaros, y ofreció un plato llamado escudo de Minerva, compuesto de hígados de asedias, sesos de faisanes y pavos reales, lenguas de cisnes y otras aves acuáticas, lechadas de lamprea. Una flota inmensa recorria el mar desde Andá-

lucía hasta la region de los Phartos, para reunir manjares y llevarlos al emperador. Y no se crea que era delicado su gusto, no, comia por comer; en el templo devoraba las viandas ofrecidas á los dioses, y en las tabernas y en las cantinas la comida pasada, fria y podrida que no querian ni aun los perros, y en su impaciencia tomaba muchas veces los alimentos abrasando, hirviendo, cual si tuviera un paladar de hierro. Este hombre era fiel á la política tradicional del imperio, iniciada con gloria por César, continuada con astucia por Augusto, agrandada con crueldad por Tiberio, exaltada por la demencia de Caligula y de Neron, rota un instante por Galba y proseguida por el último César; la política de rebajar la nobleza, de perseguirla, de anonadarla y exaltar sobre sus escombros á la plebe. Los nobles sufrieron mucho bajo la pesada mano de Vitelio. No contento con mandarlos matar, los veia morir, y no contento con verlos morir, les daba muerte por su propia mano. Las propiedades, las riquezas del mundo, las rentas del imperio, las disipaba como humo en su cocina.

Voy, señores, á permitirme una pequeña reflexion. En la sociedad, el bien debe buscarse por el camino del bien, la justicia por la justicia. Los que creen que la grandeza de una causa justifica los crímenes que en pró de esa causa se cometen, ¡ay! se engañan. El nombre del justo queda siempre como en un santuario en la memoria humana, y el nombre del criminal pasa á los siglos rodeado de tinieblas y de maldiciones. La causa mas santa y mas grande se oscurece, cuando la ausilia el crimen. Es preferible el martirio á faltar á la justicia; es despreciable la victoria que se alcanza injustamente. Y si lo dudais, ahí teneis un ejemplo. La causa de los emperadores, por mas extraño que parezca, es la causa justa y santa del pueblo romano, es aún mas, es la causa de la humanidad. Su idea, sí, la idea de los Césares, al través del imperio, se identifica con la idea de los Gracos, de Saturnino, de Druso, de todos los grandes tribunos. ¿Y por qué los nombres de estos tribunos han pasado á la posteridad gloriosos, incólumes inmaculados? Porque caminaron á su fin con los ojos puestos en la justicia, y si cayeron, sobre sus cabezas yertas se refleja la eterna luz de la vida. ¿Y los emperadores? Los emperadores quisieron alcanzar el mismo fin, pero por el despotismo, por el crimen, por la injusticia. ¿Y qué ha sucedido? Nadie se acuerda de que Tiberio estableció el crédito territorial sin interés para salvar al pobre, y todos se acuerdan de que se bañaba en sangre; nadie se acuerda de que Neron dió la justicia gratuita, y todos se acuerdan que asesinó á su ma-

dre; nadie se acuerda de que Domiciano igualó á los caballeros con los plebeyos, y todos se acuerdan de sus crueldades; nadie se acuerda de que Claudio hizo inviolable la vida del esclavo y todos se acuerdan de que mató diez y siete mil hombres en un espectáculo; nadie se acuerda de que Cómodo salvó á la esclava antigua de la prostitucion devolviéndole su dignidad de mujer, y todos se acuerdan de sus prostituciones; nadie se acuerda de que Caracalla abrió de par en par las puertas de Roma á todos los hombres, y todos se acuerdan de que cerró su corazon á la justicia; y esto prueba, señores, que al bien solo se va por el bien, y que la justicia no se alcanza sino por la justicia misma, que la mancha del crimen oculta y ennegrece las mas altas ideas, y que la verdad y la virtud no descienden á nuestra conciencia sino mezclados entre torrentes de la luz del cielo.

Volvamos de nuevo á nuestro tema, á Vitelio. Decia, señores, que el mundo no podia sufrir tanta servidumbre. Las legiones de Oriente, querian tener un emperador como lo habian tenido las legiones de España y la guardia pretoriana de Roma. Este emperador se llamaba Vespasiano. Las legiones de Egipto, de la Mesia, Pannonia, pusieron á los piés de Vespasiano sus espadas. Por todas partes se levantaba gente en armas que iba á caer sobre el emperador para aniquilarlo. Dentro de la misma Roma, Vespasiano tenia parciales dispuestos á dar la vida por su causa. En este trance, finge Vitelio renunciar al supremo dominio del mundo. Una mañana, vestido de luto, con los ojos llorosos, desarreglado el cabello, tomada de dolor la voz, sube á la tribuna á despedirse de sus fieles compañeros, del pueblo y del ejército. Mas la plebe y el ejército, que veian en Vitelio un continuador de su política, un tribuno, un enemigo del Senado y de la nobleza, le ofrecen sus auxilios, sus armas, sus votos, sus vidas. Entónces el emperador les señala el Capitolio donde estaban los parciales y amigos de su competidor. Las huestes y las muchedumbres se dirigen confusa y atropelladamente al Capitolio. ¡Qué profanacion! El Capitolio fortaleza de la ciudad, depósito de todas sus glorias, testigo de todos sus combates, centro de la tierra, trono de toda autoridad, de todo poder, sombra augusta de la magestad del pueblo, nombre que invocaban las legiones en medio del combate y saludaban despues de la victoria, arca sagrada de todos los recuerdos de Roma, altar donde ardia el génio de la Ciudad Eterna; el Capitolio es asaltado por los vitelianos, es herido, es profanado, y el templo de Júpiter Capitolino; la estatua de la divinidad tutelar de Ro-

ma, con su corona de rayos, su cetro de oro, su manto de púrpura, y las cien estatuas de bronce dorado, y los chapiteles de acero, y las columnas marmóreas traídas por Sila, y los trofeos, los rostros de las naves de Cartago, la espada de Breno, los despojos de Pirro, los estandartes de los Ligures, las flechas de los Alpinos, los dones de Yugurta, Aristóbulo y Mitridates, los jarros de oro, todos los tesoros del Capitolio son rotos ó manchados de sangre, ó consumidos por el fuego, como si Vitelio, no contento con profanar á Roma, quisiera profanar tambien toda la historia romana.

Al ver ardiendo el Capitolio, el pueblo se espanta, porque el Capitolio era el hogar sagrado de la ciudad; al ver rota la estatua de Júpiter Capitoliano, la aristocracia se acongoja, porque Júpiter Capitolino habia sido su númen, su amparo, y en la conjuración de Catilina, su refugio. Entonces Vitelio, dejándose llevar de la impresión de sus sensaciones, como buen epicúreo, se detuvo en la pendiente, anheló la paz, mandó las vestales al campo enemigo para pedir una reconciliación, y depuso su espada en el templo de la Concordia. Los enemigos de Vitelio se acercan á mas andar á Roma y llegan á sus puertas. En este instante se traba dentro de la misma sagrada ciudad un combate sangriento y horrible. El pueblo asiste como al circo y al teatro, aulla para escitar á uno y otro bando á la matanza; se arroja sobre los cadáveres á recoger sus despojos, ve con indiferencia como los soldados forman la tortuga militar, y esconden y reaparecen y se condensan en pelotones y se desbandan y abren fosos y arremeten á las murallas y rompen las puertas y violan y destrozan los altares, los dioses, y arrojan mechas encendidas, y forman reducidos; espectáculo horrible, pues mientras unos mueren ahogados en sangre, otros á la luz de los incendios, sobre las ruinas, al eco de los quejidos de los moribundos que pueblan los aires, se entregan á los placeres y á los festines, á las orgías en terrible contraste.

Vitelio en esta gran confusión se dirige al monte Aventino, á la casa de su mujer. Arrepiéntese pronto segun su natural veleidoso, y retrocede á su palacio. Entra, y lo halla en la soledad, en completo abandono. En vano recorre sus patios, sus pórticos, sus salones; en vano abre una tras otra sus puertas con miedo y con recelo; en vano interroga á los altares abandonados de sus dioses domésticos; aquella soledad le da frio como la soledad de un sepulcro. Mas súbitamente oye un ruido extraño como de gente en armas, y corre á esconderse en un lugar inmundado con sus compañeros inseparables, con sus confi-

dentes, con su carnicero y su cocinero. Los soldados de Vespasiano le encuentran, y le preguntan por Vitelio. Al pronto les miente, y les engaña; pero viendo que le conocen les revela su nombre. Como se apercibiesen furiosos á herirle y golpearle, cae de rodillas, pidiéndoles la vida cobardemente. Los soldados no le oyen, y le arrastran á la calle. Entonces comienza para Vitelio un verdadero tormento. Medio desnudo, herido, golpeado, lleno de polvo, de barro, con una soga al cuello, escupido, insultado, le arrastran por la via sacra, le presentan á la vergüenza pública, le atormentan con toda clase de tormentos; y unos le escarnecen, otros le pasan por los lábios el cieno de las calles; aquellos le tiran del pelo, estos le hacen levantar la barba á lanzazos; y la multitud á grandes gritos le llama gloton, borracho, infame, y rie de su cara colorada y granujienta, de su inmenso vientre, de su cojera, de su sangre; hasta que por fin, á golpes, á lanzazos, á insultos le acaban como los perros, á la vencida fiera, le hacen pedazos, y arrastran con garfios los restos que se salvan de tanta crueldad á las inmundicias del Tiber. Un rasgo se cuenta de él, que pinta al pueblo rey, un rasgo sublime, de esos, que tan frecuentes son en los hombres de la antigüedad. Como entre un grupo se distinguiera un hombre que le llamaba ladrón, borracho, infame, dijo Vitelio dirigiéndose á todo el grupo con sardónica sonrisa: "Y sin embargo de todo esto, he sido vuestro amo."

Después de la muerte de Vitelio parecia que el mundo iba á gozar algun instante de paz bajo el dominio de Vespasiano. Este príncipe, salido de las últimas esferas sociales, plebeyo por nacimiento, iba á cumplir una idea generosa y grande, iba á democratizar mas y mas á Roma. El imperio tenia dos ideas, una negativa, otra afirmativa. La idea negativa del imperio consistia en destrozar á las clases superiores de la sociedad, en aniquilarlas, alejando cada vez mas la esperanza de la reaparición de la República. Esta idea negativa la habian cumplido, la habian realizado aquellos emperadores, que como Tiberio, Calígula y Nerón, habian pasado la vida destruyendo, matando á la nobleza. Pero al mismo tiempo, el imperio tenia una idea afirmativa, estender los privilegios de las clases aristócratas á todos los ciudadanos, abrir las puertas del Pæmerium á todos los hombres. Así Vespasiano destruia la separación entre el imperio y el pueblo por medio de una familiaridad continua con las clases pobres; levantaba al Senado á los nacidos en baja cuna; llamaba á los privilegios de la ciudad á los hijos de las mas apartadas regiones de la Italia, llevando

poco á poco el calor de la vida á todo el Imperio. Era Vespasiano el primer emperador plebeyo que pisó el trono del mundo, y recordando siempre su origen, se ganaba el corazón del pueblo.

Habia en Vespasiano un carácter especialísimo, que merece toda nuestra atención. Su vida se había empapado en el espíritu mágico del Oriente. El gnosticismo, que estaba en gran florecimiento, le había imbuido ideas religiosas, bien ajenas al espíritu positivo y práctico de los romanos. Por todo el Oriente estaba propagada la creencia de que el mundo había recibido un Salvador con fuerza bastante para domar la misma naturaleza en su combate con el hombre. Así que un génio superior se levantaba y se distinguía entre los hombres, creían ver en su frente la marca esplendorosa de la elección divina. Esta idea se respiraba en los aires, se exhalaba del cáliz de las flores de Oriente, se oía murmurar en las playas, en los bosques, flotaba sobre las ruinas de los templos; porque era como la nueva alma, que Dios condensaba para derramarla en la humanidad, preparándola á recibir la revelación de su eterna palabra, que había resonado ya en la sublime cima del Calvario. Así, muchas gentes sabían que un Salvador había venido; pero ignoraban quién era y dónde estaba el Salvador. Cuando vieron los de Alejandría, los más imbuidos en revelaciones místicas, entrar en sus muros el gran general, apercibido para ascender al Capitolio, creyeron que él había domado el destino y la naturaleza; los ciegos le seguían pidiéndole luz, y los paralíticos, pidiéndole fuerzas y movimientos, y los mismos ídolos de los templos se conmovían sobre sus altares, creyendo que había sonado su última hora, y que había venido el hombre destinado á descifrar el enigma de sus gastadas teogonías, y á matar la luz celeste en sus frentes. Observo esto con cuidado, señores, esto que nos cuentan Tácito, Suetonio, Plinio y Eutropio, porque prueba como la humanidad buscaba instintivamente el rayo de la luz celeste, la verdad cristiana, que bien pronto había de penetrar en su conciencia. Vespasiano llevaba en su mente también algo de esa exaltación mística, y de la idea oriental. Por eso, con más virtudes y más génio que Galba, no pensó en restaurar la aristocracia, y como hijo de su tiempo, fiel á su siglo, fortificó el imperio.

Este amor de Vespasiano al imperio debía ser contrastado por una secta poderosa y grande, por el estoicismo, que aspiraba á dominar el mundo. Cuando una idea amanece en la conciencia humana por la ley de serie que le es propia, toca hasta los últimos límites de la so-

ciudad y de la vida. La filosofía griega y especialmente el movimiento socrático había tomado una tendencia social en la escuela estoica. La metafísica de esta escuela era esencialmente moral, sus conclusiones esencialmente prácticas. De aquí, por una fuerza dialéctica, esa idea se había convertido de puramente filosófica, en positiva y social. Era pues el estoicismo no solo una escuela filosófica, era un gran partido político; y no era un partido político doctrinal y especulativo, era un partido político militante y guerrero. Como poseía la idea del alma universal, de la justicia, del derecho humano, comprendía que esta idea encerrada en la ciencia estaba como dormida, y era necesario encerrarla en el mundo. Pero los estoicos creían que sus ideas de justicia universal, de derecho no podían encerrarse en un imperio librado á la absoluta voluntad del hombre, y clamaban por una República libre y fuerte. Vespasiano perseguía á estos hombres, que así turbaban la paz de las conciencias, y muchos de ellos murieron en el destierro; pero no lo olvidemos, señores, para postrarnos de nuevo en este largo camino de la historia ante la Providencia; aquella idea estoica perseguida y proscripta debía subir pronto al dominio del mundo personificada en grandes emperadores.

Y en verdad que si los estoicos pensaban en resucitar la antigua aristocrática República, pensaban una idea pobre y mezquina. La cabeza de esa República era el Senado, y el Senado padecía de una enfermedad incurable; deseaba la libertad, pero no tenía fuerzas para sacudir la servidumbre. En los tiempos de interregno, que habían mediado desde la caída de Vitelio hasta la entrada de Vespasiano en Roma, el Senado había dirigido al mundo. Y ¿qué había hecho? Dividirse en parcialidades confusas, aniquilar su propia dignidad, mostrar pequeñas ambiciones, apresurarse á enviar embajadores al príncipe, consentir perjuicios horribles, levantar monumentos á la memoria de Galba, sin atreverse á levantar el monumento de la República, mostrarse indeciso, escéptico, aparejado para su eterna esclavitud, digno de su postración y de su decadencia. En medio de esto, el Senado creía que bastaba para sostener la esperanza de restaurar la antigua Roma, el levantar los signos que recordaban la muerta aristocracia, y trata de alzar el Capitolio destruido por los vitelianos. Los arúspices mandaban sacar las ruinas del antiguo Capitolio y arrojarlas á las lagunas del Tiber; el espacio del antiguo templo fué cubierto de hermosas cintas y de coronas de flores, los soldados victoriosos, y que más pruebas habían recibido del carifio de los

dioses, las vestales, los niños cuyos padres aún vivían, rociaban el suelo con agua pura cogida en los arroyos y en las fuentes; los senadores arrojaban un gran peñasco en un foso para que fuera el asiento inmortal del nuevo templo, y en lo alto de la colina, bajo el cielo riente, alegre, á la luz de un sol hermosísimo, el Pretor sacrificaba sobre el césped un toro y una oveja, y el himno del holocausto se perdía y se disipaba en los aires como el eco de los cantares y las oraciones de los romanos, que se congregaban de nuevo á reedificar aquella fortaleza, á cuyos piés aún había de estar por muchos siglos rendida y humillada la tierra.

El reinado de Vespasiano, que continuaba la obra del imperio, fué breve, fugaz, y bien pronto le sucedió su hijo Tito. El imperio de Tito no es mas que la continuacion de las ideas y de las tradiciones de Vespasiano, su padre. La familia de los Flavios, cuya cabeza era Vespasiano, ofrecía en dos príncipes una antítesis digna de estudio. Tito era afable y virtuoso, y su hermano Domiciano era duro y cruel. Hablemos de Tito, cuyo gobierno fué un sueño, y como sueño breve, y por breve feliz. Había sido en sus mocedades compañero de aquel Germánico, hijo de Claudio, sobre cuyo cadáver pasó Neron para llegar al supremo dominio; y conservaba tal afición á su memoria, que le tuvo en esfigie entre los dioses lares, y lo paseaba en estatua en las festividades públicas y en los juegos del Circo. Tito era hábil en manejar el arco, gran caballero, impaciente en la guerra, arrojado hasta la temeridad en las peleas, amigo de cultivar la poesía y las ciencias, un tanto gnóstico, pues había respirado el aire de Jerusalem y de Alejandría, dado á visitar los templos, á controvertir las religiones, á interrograr los moribundos oráculos, á libar la esencia de todos los dogmas; fastuoso, orientalista; y así gustaba de sacrificar en aras de todos los dioses, vestido de lino como los sacerdotes, coronado con diademas de oro, se inclinaba á las ciencias mágicas, á las que leían lo porvenir en las estrellas, á las que renovaban el espíritu con alguna esperanza infinita, y llevado de esta inclinacion consultaba á Apolonio de Tyana, aquel hermoso jóven que soñaba salvar el mundo con una idea ya estinguida en la conciencia humana, fastuoso, y liberal, y amante del pueblo, y celoso del bien del imperio, y asaltado por continuos febriles delirios de amor á lo desconocido, Tito, infundía en las venas de Roma algo de aquel espíritu misterioso que él había aspirado en las regiones de Oriente. En sus tiempos y bajo su direccion fué tomada y destruida Jerusalem; mas este suceso extraordinario se-

rá tratado, cuando saliendo de Roma, derramemos una mirada sobre el mundo á su poder sujeto, y veamos pasar todas las razas. Su reinado fué breve. Conociendo que Roma estaba soliviantada por continuas delaciones, que muchas veces caían sobre inocentes, mató á los delatores. Viendo que el conspirar era ya natural en Roma, vence en generosidad á los conspiradores, los convida al circo, les ofrece asiento á su lado, les da las espadas para que las prueben, y casi les enseña el pecho como para probar su atrevimiento, que no llegó á consumir su designio. Si hubiera sido posible un alma mística en aquella Roma tan positiva, tan práctica, tan humana, Tito hubiera sido presa del misticismo; pero no pudiendo por el carácter de aquella civilizacion tan apegada á la vida real esplayarse en lo infinito, con que alguna vez soñaba, se espaciaba en grandes festejos, en festines públicos, donde corría el vino como las aguas del Tíber, en grandes simulacros militares de que gustaban los romanos como recuerdos de su gloria, en batallas navales, que ensangrentaban las aguas, en juegos de gladiadores, en luchas de fieras, pero luchas tales, que en una ocasion cinco mil alimañas feroces, enrojecieron con su sangre las arenas del Circo.

Y este hombre, como su padre Vespasiano, á pesar de tener un carácter filosófico, era odiado por los filósofos cínicos y estoicos, los grandes individualistas de aquella sociedad. Nunca el estoicismo había hecho una tan cruda guerra á ningun emperador. En tiempo de Claudio, de Neron, las protestas se reducían á escribir un ideal de virtud para que flotara como una esperanza sobre aquella sociedad encenagada en los vicios. Pero en tiempo de los Flavios su oposicion llegó á mas, fué mas poderosa, mas fuerte; el estoico Helvidio Priscio predicó contra Vespasiano en las plazas, Diógenes y Heras contra Tito en el teatro. Estos dos emperadores, que perdonaban á los patricios, no perdonaban á los filósofos. Esta lucha singular, que no he visto caracterizada y descrita, prueba, en mi sentir, que la filosofía práctica positiva de Grecia y Roma temía que el trascendentalismo religioso y místico del Oriente, personificado en los Flavios, pudiera impedir la obra de la libertad de los hombres, y la dilatacion del derecho. En efecto, Tito no puede ser bien juzgado, porque su obra acabó ántes de tiempo. Su hermano menor, ambicioso, malvado, cruel, cortó el hilo de aquellos dias que habían sido las delicias del género humano. Cuéntase que advertía Tito en sus entrañas el presentimiento de su muerte, que en un espectáculo público lloró

amargamente en presencia del pueblo, que se entristeció por haber visto huir la víctima destinada á un sacrificio, que se partió al país de los sabinos, y en el viaje le sorprendió la calentura, que recorrió la cortina de su litera y clavó los ojos, arrasados de lágrimas, en el cielo, doliéndose de morir tan joven y de llevarse consigo grandes pensamientos á la madre tierra, que llegó á la quinta donde habia muerto su padre y allí espiró, sin duda ántes de tiempo, cual si la Providencia hubiera gozado en su muerte, como aquel escultor que con su propio martillo quebró su estatua para gozar solo de tanta hermosura.

El último de los hijos de Vespasiano, llamado Domiciano, subió al trono del mundo. El comun sentir de los historiadores le atribuye la muerte de Tito; crueldad horrible, que acusa en Domiciano la naturaleza y los instintos de un tigre. Educado en el odio á la aristocracia; comprendiendo el destino y la idea del Imperio; orgulloso hasta el extremo de creerse un dios y levantarse á sí mismo altares y estatuas; menospreciador de las letras, que cultivan el alma y pulen el corazón; recelando siempre del pueblo y queriendo que el pueblo recelara de él como dos gladiadores que se miran frente á frente; amante de la adulación y al mismo tiempo enemigo de los aduladores; uniendo á la cobardía la crueldad, y al ódio el ensañamiento y la venganza; gozándose en la memoria de los mas aborrecidos emperadores, y tomándolos por un ideal digno de su imitación; Domiciano era sombrío y vengativo como Tiberio, viciosísimo y fastuoso como Nerón. Sin embargo, justo es recordar que esta naturaleza tan viciada llegaba á sentir el principio de igualdad, y á realizar una faz del derecho. Como hubiese costumbre en Roma de mutilar horriblemente los esclavos para convertirlos en eunucos, prohibió esta violación de la naturaleza humana. Como, á pesar de la revolución social que transformaba desde tan luengos tiempos á Roma, se establecieran aún diferencias entre los hijos de los caballeros y los hijos de los libertos para optar á ciertas cargas públicas, borró esta diferencia; idea digna de un heredero del pensamiento y del destino de los Gracos. Y hé aquí, señores, por qué razón el emperador dominaba al Senado, por qué tenia una idea de derecho mas alta, un principio mas divino de justicia. En el mundo puede haber grandes eclipses de la verdad, y gravísimos desfallecimientos del bien; pero en el último término, el triunfo es del derecho; creencia consoladora que enjuga nuestras lágrimas y nos alienta en esta eterna cruzada en favor de la libertad y

la justicia. Pero al mismo tiempo que Domiciano realizaba así lo que hemos llamado la idea afirmativa del Imperio, realizaba la idea negativa, destruía con bárbara crueldad el Senado y la aristocracia, para quienes el Imperio habia sido un eterno suplicio. Rodeábase de infames delatores, de cuya boca pendía la vida de todos los ciudadanos. Se encerraba frecuentemente en lo mas hondo de su casa y se entretenía en matar moscas. Gustaba de bajar á las cárceles á insultar á sus víctimas, y á pesar con sus propias manos sus cadenas. Enviaba á los baños, á las bibliotecas, al Foro, á parciales suyos, á sus amigos, á provocar á las gentes, á que hablaran mal de su gobierno y de su persona, para tener ocasion de cohonestar nuevos asesinatos, nuevas crueldades. Tenia por un crimen el que no amaran á sus gladiadores, el que no saludaran servilmente á sus libertos. Llamaba á los mas poderosos de Roma, los recibía con amor, les sonreía, les acariciaba y los mandaba matar, ó los mataba muchas veces con sus propias manos. Complaciase en ver cómo la sangre salía de la entreabierta herida, cómo la respiración se perdía en el pecho, cómo la luz de los ojos se extinguía, cómo se apartaba el alma del cuerpo, cómo caían á sus plantas sus víctimas exánimes. Se tenia por muy compasivo y muy humano, cuando dejaba elegir á sus víctimas el género de muerte. Las razones que daba para consumir tantos asesinatos, eran falsísimas. Mató á un discípulo del farsante Paris porque se parecia á su maestro, que habia sido amante de la emperatriz Domicia; á Elío Lama por ser demasiado gracioso; á Coceyano por haber celebrado el día del nacimiento de Othon, su tío; á Junio Rústico por haber llamado á los estóicos los hombres mas virtuosos de la tierra; á Pompsiano por haber nacido bajo una constelación que le prometía el Imperio; á Helhidio porque habia hecho una composición llamada Paris y Enona, en que creía ver una censura de su divorcio; á Flavio Sabino, cónsul y primo suyo, porque en el día de la elección, el heraldo se equivocó, y por llamarle cónsul, le llamó emperador; á casi toda la aristocracia romana por ese odio instintivo, irreconciliable, que los emperadores, los perpetuos tribunos de la plebe, tenían á los antiguos depositarios de la República.

La decadencia del Senado llegó en esta época á su último extremo. Tácito pinta con negros colores en su vida de Agrícola esta angustia de la institución predilecta de la República. Los senadores, perseguidos, acosados, viendo que todos los días faltaban algunos de sus colegas á su lado; sin ninguna facultad, sin ningun poder, compli-